

APOLOGÍA DE UN AMIGO:
MARTÍN MORALES
Ramírez



Fotografía de Jesús Rangel

Alberto Cruz Jiménez
Síntesis Creativa

B'che' ladxidua'ya'... Cheu' hra lidxi nñou'

ESTAS BREVES LÍNEAS están dedicadas al arquitecto Martín Morales Ramírez (1961-2013), compañero, amigo y profesor de nuestra comunidad de CyAD, quien desgraciadamente nos ha sido arrebatado por la señora de la hoz el pasado sábado 23 de marzo de una manera súbita, ilógica, inesperada, incomprensible.

A Martín lo conocí a través de una amiga cercana y de la cual él había sido profesor en el llamado Tronco Divisional; al conocernos, la afinidad brotó instantáneamente al saber ambos que proveníamos de familias con raíces en el Istmo de Tehuantepec, en particular de ese rincón de nuestra república..., Juchitán de las mujeres, al cual artistas, historiadores, músicos y poetas le han dedicado sus pinturas, sus frases o sus cantos.

1. ¡Hermano del alma...anda, ve a casa de mamá! (Trad. Ditto Villanueva)

Esta apología va encaminada al recuerdo de quien en vida fuese ese amigo entrañable que no estará más con nosotros; he de comenzar diciendo que en el ámbito académico compartimos, desde finales de la década de los noventa, la experiencia de impartir docencia juntos, eso me permitió conocer sus virtudes, gustos, afinidades, encantos, y porque no decirlo, sus debilidades, sus defectos y, quizá, hasta algunos de sus secretos. Gracias a Martín me acerque a la obra del gran Louis Kahn, la que hasta ese momento yo desconocía y la cual él siempre citaba a sus alumnos hablándoles de conceptos como el de la *luz* basado en la obra de ese magnífico arquitecto: "El espacio de un edificio debe poder leerse como una armonía de espacios iluminados"; y destacaba la importancia de que en cualquier proyecto de diseño se tiene que desarrollar un *concepto*: "diseño es concepto, concepto es diseño", repetía una y otra vez, generación tras generación, con sus inolvidables gesticulaciones.

En el caso del apoyo de teoría, Martín se enfocaba particularmente en las lecturas sobre la estética, él nos acerco a mí y a nuestros alumnos a la famosa *Historia de seis ideas* de Wladyslaw Tatarkiewicz, que se convirtió para nuestros pupilos en el libro de cabecera... ¡Léanse a éste!, decía con un entusiasmo que nunca perdió y que mantuvo vigente hasta el último instante.





Su paso por el Tronco Divisional
Fotografía de Alberto Cruz Jiménez

Martín será recordado por los que lo conocimos como un personaje de mucho carisma, desde que lo recuerdo, cuando no estábamos juntos, él siempre estaba rodeado de alumnos, ayudantes o ex alumnos que gustaban de sus pláticas y de sus divertidas anécdotas; en ocasiones se acercaban a él simplemente a charlar o para solicitarle un consejo. En su paso como coordinador del Tronco Divisional (2008-2011) esos encuentros se incrementaron, a tal grado que para muchos de aquellos alumnos llegó a ser un verdadero mentor. Martín fue de esas personas entrañables que siempre tenía una sonrisa por delante, y tenía la buena costumbre de decir un “te quiero” a las personas que él más apreciaba, lo hacía sin pena ni tapujos, dando un fuerte y caluroso abrazo de hermanos..., de amigos.

Si bien es cierto que tuvo sus detractores y algunas de sus posiciones causaron polémica, Martín durante su gestión fue un tipo muy propositivo; gracias a él se impulsaron concursos de cómic, de cartel, cursos complementarios; se creó el centro de documentación de Tronco Divisional, también tuvo la genial idea de hacer un espacio propio de exposición para alumnos y profesores del Tronco que sirviera para mostrar el trabajo realizado en aulas, y al cual denominó simplemente *Galería*. Colegas pueden dar fe de su empeño por echar a andar proyectos; aunque algunos de ellos no se concretaron o eran demasiado ambiciosos, nunca perdió ese ímpetu de hacer, innovar y proponer un sinnúmero de ideas que contribuyeran en la formación de nuestros estudiantes de diseño.

En la parte personal, tuve el privilegio de departir con Martín grandes anécdotas de bohemia, de charlas y de buen vino; cómo olvidar aquella noche en su casa cuando contrató un mesero que al final resultó ser chef, compositor y cantante, y que al sonar de las notas de su guitarra casi termina conquistando a la esposa de uno de sus invitados. En esas noches de largas reuniones fue cuando conocí a su mujer, Verónica Greenham y a su entonces pequeña hija, Ladxidua (que en lengua zapoteca y dependiendo con que otras palabras se conjunte quiere decir, en esencia, "Mi corazón"); ambas mujeres bellas, fuertes, rubias y de muy buena presencia, y con las cuales cultivamos mutuamente una relación afectiva y de aprecio desde aquel entonces.

Cómo olvidar a ese Martín culto, con el cual compartí tantos momentos memorables. Charlábamos de Europa y su estadía por allá durante varios años, donde aprendió el francés y abrevó de la cultura gala directamente a través de autores como Víctor Hugo, Charles Baudelaire o Voltaire; así como de su gusto por la pintura y la música de aquellos lares. En este último terreno, el de la música, compartimos nuestro gusto por el rock clásico, por esos estudiantes de arquitectura de Cambridge que conocemos como Pink Floyd; del rock progresivo y de grupos "viejos" como Procol Harum; si bien es cierto que Martín no fue un melómano empedernido, sí conocía mucho de compositores regionales oaxaqueños como Chuy Rasgado, Álvaro Carrillo, Macedonio Alcalá, Saúl Martínez o el mismísimo Andrés Henestrosa, del cual Martín era sobrino directo.

Por otra parte, uno de sus temas predilectos fue "la política"; lo mismo hablaba del profesor Hank González que de Salinas, hasta pasar por la mítica cosei: organización que fincó sus primeros cimientos de izquierda y de movimiento social a principio de los años ochenta en Oaxaca. En los terrenos de las discusiones sobre política nunca fui testigo de que alguien le ganara una partida con sus argumentos; se sabía fechas, datos, personajes, tejes y manejes; y siendo uno de sus tópicos predilectos continuamente leía al respecto para que jamás ninguno le tomara por sorpresa; además de que escucharle hablar de esos temas era sumamente enriquecedor y divertido.

He de confesar que así como hablábamos de cosas que creíamos cultas y refinadas, también bromeábamos de asuntos tan intrascendentes como nuestros gustos deportivos: desde sus Patriotas, perdedores en la época de Tony Eason, hasta su amado Cruz Azul, al cual por ser solidario acompañé a ver a la final de la Copa Libertadores contra el Boca Juniors en el Estadio Azteca hace casi 10 años. Su mofa y sus sonrisas contra mis equipos las tendré siempre grabadas en mi mente.

La historia de amistad es larga, y se quedan un sinnúmero de anécdotas en el tintero, pero sirva este espacio para recordar al compañero, al maestro, al hermano o al amigo, para quedarnos con esa imagen que Martín proyectó dentro y fuera del salón de clase a través de lo que inculcaba o enseñaba; sirva también para resaltar su preocupación por la formación de los futuros diseñadores y su goce por la vida: siempre sonriente, cantando o silbando.

Ya en su último adiós, familiares, alumnos, ex alumnos y amigos le despedimos en su antigua casa declamando poesía; con un reconfortante discurso de su entrañable tío Tomás y con la guitarra en vivo de su tocayo Martín, cantándole en zapoteco aquellas canciones que al buen "paisano" tanto le gustaban.

Cierto es que su partida nos deja a muchos que le quisimos con un vacío profundo; las aulas donde impartimos clase por tantos años serán frías, grises y adustas; los que le estimamos en vida le recordaremos como un tipo gentil, afable, risueño y de buen trato, como dijese el buen Silvio Rodríguez... "*o por lo menos querible, besable, amable*". Por lo que respecta a mi sentir personal, sólo me resta decir que me ha sido arrebatado un trozo de mi pequeño corazón, y agrego que donde quiera que él se encuentre, o si en algún momento, espacio-tiempo, nos llegásemos a reunir, le diré lo mucho que le eché de menos y cuánto le quiero..., descanse en paz mi querido y entrañable amigo Martín Morales Ramírez (†). 🕯

Fotografía de Jesús Rangel

